

método que acaba de ser indicado, de tomar en Magdeburgo lo que allí se encontraba y de reemplazarlo con lo que se remitía de Hamburgo. Requeridos y pagados con bonos sobre esta plaza todos los bateleros del río, fueron puestos en movimiento desde principios de junio, en el mismo instante en que bajo pretexto de fatiga se negaba Napoleón á recibir á Mr. de Bubna. De esta suerte el Elba en manos de Napoleón era á la vez una poderosa línea de defensa y un manantial inagotable de provisiones.

Pero no limitó sus precauciones á esta línea sola. Más allá de Dresde, en Liegnitz, y más acá en Erfurt, quería tener almacenes bien abastecidos. Aprovechando la riqueza de la baja Silesia, sobre la cual estaba acampado el ejército que había combatido en Bautzen, y no teniendo por qué contemplar á esta provincia, ordenó que se emplearan los dos meses de suspensión de armas en juntar una reserva de víveres para veinte días y para cada cuerpo, amasando cotidianamente mucho más pan que el necesario. Detrás de Dresde, en Erfurt, en Weimar, en Leipsick, en Nuremberg, en Wurtzburgo, países sajones ó de Franconia, se hallaba entre aliados y no usó de la abundancia del territorio, sino pagando lo que tomaba. Por disposición suya se hicieron allí á costa de dinero muy grandes acopios. Sin embargo, de estos miramientos fué exceptuada la ciudad de Leipsick, que se había mostrada hostil á las claras. Echó mano de los tejidos de lienzo y de lana, de los granos, de las bebidas espirituosas de que los almacenes de esta ciudad se hallaban abundantemente provistos para crear allí hospitales.

A esto añadió la amenaza de prender fuego á la ciudad al primer movimiento insurreccional que estallara. Igualmente fueron llenas de hospitales las ciudades de Erfurt, de Naumburgo, de Weimar, de Wurtzburgo. Erfurt, cuya posición se había reservado desde 1809; Wurtzburgo, capital del gran ducado de este nombre, plazas una y otra capaces de alguna resistencia, fueron armadas á fin de tener una serie de puntos fortificados en el camino de Maguncia, por si sucesos imprevistos entonces hacían necesaria una retirada, pues según hemos hecho notar varias veces, Napoleón, que en sus cálculos políticos no admitía la posibilidad de reveses, siempre la admitía en sus cálculos militares. Finalmente, no pudiendo sacar más que de Francia las armas, las municiones de guerra y ciertos objetos de equipo, al par que víveres los encontraba en todas partes, celebró contratas pagadas al contado con compañías alemanas para transportar de Maguncia á Dresde, por los tres caminos de Cassel, de Heisenach y de Hof, los objetos de armamento y de equipo que no se podía proporcionar en Sajonia.

Tales fueron las providencias imaginadas por Napoleón para que, á la vuelta de las operaciones, su línea de batalla estuviera fuertemente defendida al par que abundantemente provisionada. Un postrer cuidado faltaba y consistía en proporcionar el número de soldados á la extensión que iba á adquirir la guerra, y Napoleón no lo había desatendido, porque en su vasto espíritu las medidas todas andaban parejas, sin esperar á que la una engendrara la idea de la otra. Simultáneamente eran concebidas todas con armonía perfecta y sin pérdida de una hora.

Ya se ha visto que, acariciando el pensamiento de que tal vez el Austria accediera á sus planes, tomó no obstante sus providencias bajo la hipótesis contraria, y preparó en Westfalia, junto al Rhin, y en Italia tres ejércitos de reserva capaces de entrar en línea antes de mucho. Destinados estaban los dos meses de armisticio, que pretendía extender á tres, para dar remate á principios de agosto á esta obra comenzada en marzo.

Como se ha dicho, en Westfalia los regimientos reorganizados del grande ejército de Rusia debían componer dos grandes cuerpos á las órdenes de los mariscales Víctor y Davout, aquél de diez y seis regimientos y éste de doce. A Italia se habían vuelto á enviar los otros regimientos del grande ejército como procedentes del mismo punto. No pudiendo ser reorganizados á la vez los batallones de cada regimiento, se rehicieron ante todo los segundos batallones, después los cuartos, por último los primeros, á medida que regresaban los cuadros, y sucesivamente se habían compuesto las divisiones de los segundos, los cuartos y los primeros, de modo que cada regimiento se hallaba distribuido en tres divisiones.

Estrechado Napoleón á poner término á tan vicioso estado de cosas, quiso reunir los tres batallones ya listos y formar las divisiones por regimientos y no por batallones. Sólo faltaban los terceros, que á su vez iban á estar disponibles en breve, y entonces todos los regimientos debían constar de cuatro batallones. Cuatro hermosas divisiones formó el mariscal Davout con los suyos, y tres el mariscal Víctor. Mientras se completaban tales organizaciones, Napoleón fijó el puesto y el destino de estos dos cuerpos de tropas. El del mariscal Víctor, dejado atrás hasta ahora, fué encaminado hacia la línea fronteriza del armisticio y acantonado en lo largo del Óder en las cercanías de Crossen, para acabar allí de instruirse y para aprovisionarse á tenor de las prescripciones hechas á todos los cuerpos.

Pensando Napoleón que para guardar los departamentos anseáticos y el bajo Elba tendría demasiado con cuatro divisiones el mariscal Davout reforzado por los daneses, pues según todas las probabilidades sobre el Elba superior debían cargar los grandes golpes, ideó partir el cuerpo de este mariscal dejándole dos divisiones y confiando otras dos al general Vandamme, colocándolas en Wittemberg, desde donde podría atraerlas á sí en caso necesario ó volverlas al bajo Elba si al mariscal Davout le hacían falta.

Los demás cuerpos destinados á reforzar la masa de las tropas activas se organizaban en Maguncia. Allí, según se debe hacer memoria, se dirigían los cuadros sacados de Francia ó de España, que se llenaban á las márgenes del Rhin con reclutas rápidamente instruidos, y que se reunían tan luego como se lograban dos batallones del mismo regimiento, á fin de evitar hasta donde fuera posible la organización viciosa de regimientos provisionales. En Maguncia había cuatro divisiones cuya organización se hallaba casi terminada y cuyo estado dentro de dos meses sería tan bueno como se podía esperar en la situación de las cosas. Napoleón las destinaba al mariscal Saint-Cyr, herido junto al Dwina en 1812, si bien ya repuesto de sus fatigas y de su herida. Por consiguiente, Napoleón iba á aumentar sus fuerzas de Sajonia, contra la aparición eventual del

Austria sobre el teatro de la guerra, con tres cuerpos de tropas, el del mariscal Víctor, el del general Vandamme y el del mariscal Saint-Cyr, que ascendían á unos ochenta mil hombres de infantería, sin contar las armas especiales. Este poderoso refuerzo era independiente del aumento que debían recibir los cuerpos con los cuales había abierto la campaña. Además de las cuatro divisiones ya aprestadas en Maguncia, Napoleón había juntado los elementos de otras dos, que se iban á formar á las órdenes del mariscal Augereau y debían militar unidas á otras dos de Baviera. Esta corte, atraída un momento á semejanza de Sajonia á la política mediadora de Austria, se había echado atrás de repente desde que en las márgenes del Inn se le exigieron sacrificios sin compensación alguna. Apresuróse á renovar sus armamentos, y por su parte podía contar con dos buenas divisiones, á condición no obstante de que la victoria viniera á contener el espíritu de su pueblo y á alentar la fidelidad de su monarca. Estas cuatro divisiones, dos francesas y dos bávaras, debían amenazar al Austria hacia el alto Palatinado.

Finalmente, Napoleón vigiló, según su costumbre, la ejecución de las órdenes expedidas al príncipe Eugenio, para que con los cuadros vueltos de Rusia, y los que llegaban cotidianamente de España se rehiciese en Italia un ejército de sesenta mil hombres, al cual pretendía añadir veinte mil napolitanos. Murat, siempre fluctuante entre los sentimientos más contrarios, herido por la manera con que Napoleón le trataba, si bien queriendo ante todo salvar su corona, no sabiendo con quién la salvaría más de seguro, si con Austria ó con Francia, aún hacía esperar el envío de su contingente.

Apenas llegado Napoleón á Dresde le intimó que se decidiera, y previno á Mr. Durand de Mareuil, ministro de Francia en Nápoles, que se retirara si al punto no se daban órdenes de marcha al cuerpo napolitano. En los depósitos quedaba con qué suministrar seis ó siete mil hombres de caballería ligera al futuro ejército de Italia, los cuales bastaban en aquella comarca, donde, hallando poca ocasión de cargar en línea la caballería, sólo servía principalmente para las exploraciones. Elementos encerraban además los depósitos y arsenales de Italia para una buena artillería. Así Napoleón se lisonjeara de tener en Italia el 1.º de agosto un ejército de ochenta mil hombres, provisto de doscientas bocas de fuego, amenazando al Austria por la Iliria, y teniendo por blanco á la misma Viena. Calculaba que, aun armando trescientos mil hombres el Austria, lo cual era mucho en el estado de su hacienda y con el tiempo de que disponía, no podría presentar más de doscientos mil soldados delante del fuego, de los cuales necesitaría segregar cincuenta mil para hacer frente al príncipe Eugenio en Italia, treinta mil para hacer frente al mariscal Augereau en Baviera, con lo que no le quedarían más que ciento veinte mil hombres para agregarlos á la masa de las tropas coligadas junto al Elba.

Los tres cuerpos de Víctor, de Vandamme, de Saint-Cyr, sin contar el de Augereau no destinado á maniobrar sobre el Elba, ya le parecían un recurso casi suficiente contra la aparición del Austria en el terreno de esta lucha formidable. Pero el cuerpo de Poniatowski, llevado á Zittau por la Galitzia y la Bohemia después de muchas vicisitudes, á la línea donde acampaban

nuestros cuerpos de Silesia, era un nuevo recurso de verdadera importancia, aunque no tanto por la cantidad como por la calidad de los soldados.

No los había más bizarros, más aguerridos, ni más adictos á la Francia. De su patria no les quedaba sino la memoria y el deseo de vengarla. Napoleón resolvió darles una, haciéndolos franceses y tomándolos al servicio de Francia. Interin se efectuaba su anexión al ejército francés, los puso bajo la administración directa de Mr. de Basano, y prescribió que les satisficiera sus pagas atrasadas, que les proveyera de vestuarios, de armas y de cuanto les fuese necesario, y en suma que les hiciera pasar los dos meses del armisticio en una verdadera abundancia. Recogiendo algunos restos desparrramados de tropas polacas, aunque sin tocar á la división de Dombrowski, ni á los varios destacamentos de su nación distribuidos en las plazas, podían juntar cerca de doce mil hombres de infantería y de tres mil de caballería; nueva fuerza que se debía agregar á las que habían peleado en Lutzen y en Bautzen.

Finalmente, entre los recursos creados para la campaña de otoño y para la eventualidad de la guerra con Austria, había que contar el desarrollo dado á la guardia imperial. A la entrada en campaña sólo constaba de dos divisiones, una de la vieja y otra de la joven guardia. En el momento del armisticio se había incorporado la tercera, acababa de llegar la cuarta y estaba en marcha la quinta, todas las cuales unidas á los doce mil hombres de caballería y á las doscientas bocas de fuego, debían de componer un cuerpo de cincuenta mil hombres, treinta mil de ellos de la joven infantería, á la que no entendía Napoleón guardar las contemplaciones que á la joven guardia, y antes bien ideaba emplearla en todas las grandes batallas, que desgraciadamente iban á ser numerosas y sangrientas.

Aún faltaba la caballería, de que se había carecido al principio de la campaña, y fué uno de los motivos para firmar Napoleón el armisticio. Una caballería insuficiente equivale poco más ó menos á una caballería nula, pero no osa empeñarse por miedo de ser abrumada, y permanece oculta detrás de la infantería, á la cual no sirve ni de exploradora. Esto es lo que en Lutzen y Bautzen se había observado. Los dos cuerpos de Latour-Maubourg y de Sebastiani no ascendían el 1.º de junio á más de ocho mil jinetes. Cuatro mil se podían sacar del depósito del general Bourcier y cerca de veintiocho mil de Francia, unos llevados por el duque de Placencia, otros en marcha á las órdenes del duque de Padua, y que debían elevar á cuarenta mil hombres las fuerzas del ejército de Alemania en tropas de á caballo, sin contar la caballería de la guardia imperial ni la de los aliados sajones, bávaros y wurtembergueses. Sólo acontecía que de los veintiocho mil jinetes procedentes de Francia, algunos centenares venían á pie y necesitaban que se les proveyera de caballos. Las turbulencias sobrevinidas á la orilla izquierda del Elba, de resultas de la insurrección de las ciudades anseáticas, habían dañado extraordinariamente á las remontas. Napoleón dispuso que fueran proseguidas, y con este objeto hizo que se insertara un artículo en el tratado de alianza por el cual Dinamarca uniése definitivamente á Francia. En este tratado prometía Francia mantener siempre veinte mil hombres de tropas activas en Hamburgo, á fin de co-

operar á la defensa de las provincias danesas, y en cambio se obligaba Dinamarca á suministrar á Francia diez mil hombres de infantería, dos mil de caballería, unos y otros á sueldo del tesoro francés, y á proporcionar diez mil caballos bajo la condición de que se pagarían al contado. Aparte de las compras vueltas á empezar en Hannover, éste era un nuevo recurso para montar los jinetes que venían á pie de Francia. Por tanto se tenía casi la certidumbre de reunir al cabo de dos ó tres meses cerca de cuarenta mil jinetes de todas armas, no incluyendo diez ó doce mil de los aliados, que debían componer en totalidad alrededor de sesenta mil hombres de á caballo. A cada cuerpo de ejército agregó Napoleón unos dos mil hombres de caballería ligera ó de línea para las exploraciones.

Según su costumbre formó los sobrantes en diversos cuerpos de reserva para pelear en línea. Ya mandaban dos los generales Latour-Maubourg y Sebastiani, que habían hecho la campaña de primavera. El duque de Padua mandaba el tercero, que acababa de llegar y se ocupaba en castigar á los cosacos. A la cabeza del cuarto fué puesto el conde de Valmy, hijo del viejo duque de este nombre. Napoleón quiso crear el quinto con los regimientos sacados nuevamente de España. Desde que dió orden para evacuar á Madrid y concentrar en el Norte de la Península todas las fuerzas francesas, era mucho menos necesaria la caballería, cuyo principal encargo había consistido en enlazar á los diversos cuerpos de ocupación unos con otros. Aún había en la Península treinta y seis regimientos de caballería: veinte de dragones, cinco de húsares y once de cazadores. Napoleón creyó que con veinte habría bastantes, sobre todo no tomando más que los cuadros y dejando la mayor parte de los hombres en España; y así ordenó la partida de diez regimientos de dragones, dos de húsares y cuatro de cazadores. Dos destinó á Italia, catorce á Alemania, y recomendó que estos cuadros se trasladaran en seguida á Maguncia, donde se iban á llenar con los individuos sacados de los últimos alistamientos é instruidos ya regularmente. Para montarlos debían servir los caballos procedentes de las requisiciones hechas en Francia y pagados al contado. Aún se prometía Napoleón sacar de aquí unos catorce ó quince mil jinetes, encerrados todos en excelentes cuadros. Último suplemento era éste que para el otoño debía elevar por lo menos á setenta y cinco mil hombres el total de su caballería. A estos aprestos para la infantería y la caballería, añadió Napoleón los concernientes á la artillería y adoptó sus disposiciones para que esta arma pudiese poner en movimiento mil bocas de fuego de campaña.

Establecido de este modo sobre la línea del Elba, hecha formidable con los apoyos que se había proporcionado, se lisonjeaba Napoleón de tener cuatrocientos mil combatientes, no incluidas las guarniciones, y además veinte mil en Baviera, y ochenta mil en Italia, lo cual elevaría la totalidad de sus recursos á quinientos mil hombres de tropas activas, y á setecientos mil incluyendo los no presentes sobre las armas. Para llegar á estas cifras enormes, suficientes en su mano poderosa para batir á la coalición, aun reforzada por el Austria, había consentido en un armisticio, que daba á los coligados tiempo de escaparse de sus persecuciones, y también por desgracia de aumentar considerablemente sus

fuerzas. Se reducía, pues, la cuestión á averiguar si en materia de creación de recursos sería tan provechoso á los coligados como á Napoleón el tiempo de la suspensión de armas. Verdad es que los coligados no tenían su genio, y en esto cifraba sus esperanzas, pero sí la pasión, única cosa que puede suplir al genio, sobre todo cuando es ardiente y sincera. No haciendo Napoleón caso alguno de esta circunstancia, supuso que el tiempo le serviría mejor que á sus enemigos, y con tal esperanza dedicaba tanto arte á emplearlo perfectamente en punto á preparativos militares y á perderlo en materia de negociaciones.

Su respuesta á Mr. de Metternich el 15 de junio fué interpretada como debía serlo, y el hábil ministro austriaco penetró muy bien que, cuando de cuarenta días con que se contaba para negociar la paz general se perdían desde luego cinco para responder á la nota constitutiva de la mediación, fuera de los que se iban á perder aún para zanjar las dificultades de forma, había que deducir que no se tenía gran prisa de llegar á una solución pacífica. A la verdad podía acontecer que Napoleón no quisiera revelar su verdadero pensamiento hasta la última hora; también podía acontecer que entre las dificultades suscitadas hubiese alguna que le doliera formalmente, y por estas consideraciones Mr. de Metternich no desesperaba de la paz del todo, ya bajo las condiciones propuestas por Austria, ya bajo otras que se aproximaban á éstas. En uno ú otro caso juzgó que convenía esperar á Napoleón á su turno, empleando no obstante un medio de estimularle. Vivamente insistían los soberanos de Rusia y Prusia en ver al emperador Francisco, con la esperanza de atraerle definitivamente á lo que denominaban la causa europea.

Pero, creyendo el emperador Francisco muy propio de su calidad de padre y de mediador observar extremada reserva respecto de los dos soberanos, ya implacables enemigos de Francia, no quería avistarse con ellos mientras no estuviese obligado á declararnos la guerra. Para Mr. de Metternich no existían las mismas razones de reserva, y este ministro dirigió á Oppontschna, á fin de conferenciar con los dos monarcas coligados. Su intención era aprovechar esta coyuntura para atraerlos á sus ideas, cosa más fácil sin duda que lograr de Napoleón lo propio, si bien ardua y exigiendo muchos cuidados y afares, pues querían la guerra en seguida, á toda costa, hasta el derrocamiento de Napoleón, que á lo menos al presente no era el punto de vista del Austria. Así Mr. de Metternich partió ostensiblemente, seguro de que al saber Napoleón que se hallaba en conferencias con los dos soberanos, experimentaría vivos celos, y en vez de rehusar que fuese á Dresde, le convidaría á ir con instancia. Esta mira, confirmada pronto por el suceso, pareció tan delicada como justa al emperador Francisco, quien por este motivo aprobó el viaje de Mr. de Metternich á Oppontschna.

Mientras este ministro se encaminaba á dicho punto, Rusia y Prusia se ligaron por un tratado de subsidios con Inglaterra. A tenor de este tratado, celebrado el 15 de junio y revestido con las firmas de lord Cathcart, de Mr. de Nesselrode y de Mr. de Hardenberg, se comprometía Inglaterra á suministrar desde luego dos millones de libras esterlinas á Rusia y Prusia, y á tomar á su cargo la mitad de una emisión de papel moneda. llama-

do *papel federativo* y destinado á circular en todos los Estados aliados. A cinco millones de libras esterlinas debía ascender la suma emitida. De consiguiente cuatro millones y medio de libras esterlinas, esto es, ciento doce millones y quinientos mil francos, eran los que Inglaterra suministraba á las dos potencias, á condición de que de tropas activas mantendrían en pie ciento sesenta mil hombres la Rusia y ochenta mil la Prusia, de que harían al enemigo común de Europa una guerra á muerte, y de que no tratarían sin Inglaterra ó al menos sin ponerse de acuerdo con ella. Habiendo informado los soberanos de Rusia y de Prusia á lord Cathcart de que se les instaba á aceptar la mediación de Austria y de que estaban propicios á ello, salvo las condiciones de paz que de acuerdo con el gabinete británico fueran determinadas, lord Cathcart no vió aquí infracción del tratado de subsidios, y hasta reconoció que convenía prestarse á todos los deseos del Austria, dado que probablemente no serían aceptadas por Napoleón las condiciones que esta potencia considerara indispensables, y así por la vía esencialmente pacífica de la mediación se la arrastraría á la guerra.

Llegado Mr. de Metternich á Oppontschna fué colmado de halagos y de solicitudes por los soberanos y sus ministros. Para decidirle unos y otros blasonaban de sus fuerzas inmensas y hasta irresistibles si el Austria se agregaba á ellos, y en este caso daban á Napoleón por perdido y á la Europa por salvada. También decían que con Napoleón era la paz imposible, que evidentemente no la quería, y además sería poco segura, pues si se dejaba pasar la ocasión de abrumarle ahora que estaba debilitado, volvería á tomar las armas tan luego como recuperara sus fuerzas, y se haría eterna la lucha. Estos puntos de vista no eran ni podían ser los del Austria. Esta potencia no se hallaba embriagada á semejanza de Rusia con el papel de libertadora de Europa, ni reducida á vencer ó á morir como Prusia, ni al abrigo de las resultas de una guerra desventurada como Inglaterra: además tenía vínculos con Napoleón que ni el decoro ni el afecto del emperador Francisco á su hija permitían romper á no mediar los motivos más graves. Por otra parte soñaba con la posibilidad de restablecer la independencia de Europa sin una guerra que juzgaba llena de peligros hasta contra Napoleón debilitado. Por consiguiente su dictamen estribaba en que, si se podía celebrar una paz ventajosa y que ofreciera seguridades, convenía aprovechar la coyuntura, y no comprometerlo todo por querer tornarlo á ganar de un solo golpe.

Si, por ejemplo, renunciaba Napoleón á su quimera polaca, pues así se calificaba el gran ducado de Varsovia, si consentía en reconstituir la Prusia, en devolver á Alemania su independencia por la abolición de la Confederación del Rin, en restituírle su comercio por el abandono de las ciudades anseáticas, valía más aceptar esta paz que exponerse á los peligros de una guerra tremenda, que al par de eventualidades felices presentaba también horrosas. Si no se inclinaba á este modo de pensar la Inglaterra, convenía atraerla aunque fuese de mal grado, dándole á entender que se quedaría sola. Por otra parte para ella estaba conseguido el punto más importante, pues era fácil de ver que Napoleón iba á renunciar á la España, puesto que admitía á los representantes de la insurrección de Cádiz en el congreso, á

lo cual no había jamás asentido. Se necesitaba, pues, imponer la paz á Inglaterra como á Napoleón, porque era urgente para todo el mundo, y se tenía el medio de lograrlo, amenazando á Inglaterra con tratar sin ella, y á Napoleón con abrumarle bajo las fuerzas reunidas de Europa. Tales eran las ideas del Austria, que estaban lejos de profesar los soberanos de Rusia y Prusia, dominados por las pasiones del momento. Una paz hubieran querido para Francia mucho más rigurosa, no pareciéndoles, por ejemplo, que se debían conceder á Napoleón ni la Westfalia, ni la Holanda. También hablaban de quitarle al menos una parte de Italia, para restituirla al Austria, que no tenía necesidad de que la dispersasen este género de apetito, bien que hiciese enmudecer á su ambición la prudencia. Aun encontrando Mr. de Metternich muy legítimos estos deseos, declaró que Austria, con la esperanza de una solución pacífica, se limitaría á pedir el abandono del gran ducado de Varsovia, la reconstitución de la Prusia, la abolición de la Confederación del Rin, la restitución de las ciudades anseáticas, y no haría la guerra sino en el caso de que estas condiciones fuesen desechadas por Francia. Se le respondió que lo sería inevitablemente, á lo que el ministro austriaco replicó de la manera más sencilla que, si eran desechadas, entonces su soberano podría venir á ser honrosamente miembro de la alianza, y que estaba resueltísimo á serlo.

Bastaba que Austria asentase de una manera formal estas condiciones para que no quedara otro arbitrio que admitirlas, pues sin su concurso la guerra no ofrecía ninguna eventualidad favorable. Dictando la ley á Rusia y á Prusia, también la dictaba á Inglaterra, que pronto se vería obligada á entrar en tratos si seguía el continente por este rumbo. De consiguiente había que sujetarse á las voluntades de Austria, y se sujetaban sin repugnarlo, á causa del convencimiento que se abrigaba de que Napoleón desearía las condiciones imaginadas por ella, y de que cediendo se la tendría más sujeta de lo que pensaban tener á las otras naciones. El resultado de estas conferencias fué que se aceptaría la mediación austriaca; que se abocarían con Napoleón por conducto de la corte de Viena; que ésta propondría las condiciones citadas; que no declararían la guerra sino en caso de negativa; que permanecería neutral hasta entonces; y para simplificar la cuestión se aplazaría la paz con Inglaterra, enterándola de la situación de las cosas; sin embargo, se creía que la paz continental traería consigo la paz marítima próxima é inevitablemente.

Adoptadas estas bases, Mr. de Metternich regresó á Gitschín, al lado de su soberano, y al llegar, encontró su previsión perfectamente justificada. Con efecto, zozobroso Napoleón de lo que pasaba en Bohemia, sabiendo que eran continuas las idas y venidas entre Gitschín, residencia de su suegro, y Reichenbach, cuartel general de los coligados, conociendo también que Mr. de Metternich había debido ver á los soberanos de Rusia y de Prusia en Oppontschna, no juzgó conveniente dedicar su aplicación á perder el tiempo, hasta el punto de ser ajeno á todo lo que se tramaba entre las potencias, y quizá hasta dejar que se anudase á su lado una coalición tremenda, cuya formación podía precaver interviniendo oportunamente. Viendo á Mr. de Metternich, con quien tenía mucha costumbre de hablar mano á mano, se li-

sonjeaba de penetrar los designios de la coalición cuando menos, lo cual no era para él de escasa importancia, y sobre todo de proporcionarse una prórroga del armisticio, único resultado á que aspiraba con empeño, pues de ningún modo quería la paz bajo las condiciones propuestas. De consiguiente, por conducto de Mr. de Basano hizo decir á Mr. de Bubna que recibiría de buen grado á Mr. de Metternich en Dresde, y que hasta creía que ya era necesaria su presencia para el cabal esclarecimiento de las cuestiones de cuya resolución se trataba. Inmediatamente escribió Mr. de Bubna á Gitschín, y de esta suerte, al volver Mr. de Metternich de su entrevista con Alejandro y Federico Guillermo, se halló con la invitación de ir al lado de Napoleón á Dresde. Como precisamente ni el emperador Francisco ni su ministro deseaban otra cosa, no había que titubear sobre la aceptación de la cita dada, y Mr. de Metternich se decidió á ponerse de nuevo en camino. Cuando iba á emprender el viaje, le entregó el emperador Francisco una carta para su yerno, en la cual daba poder á su ministro de Negocios extranjeros para firmar todos los artículos relativos á la modificación del tratado de alianza y á la aceptación de la mediación austriaca. De nuevo estrechaba á Napoleón en esta carta á que se resolviese por la paz, que, según su dicho, era la más hermosa y única gloria cuya conquista le faltaba.

Mr. de Metternich llegó á Dresde el 25 de junio, y al otro día tuvo una primera entrevista con Mr. de Basano, porque ostensiblemente debía negociar con este ministro. Cerca de dos horas emplearon en vanas quiquillas sobre el tratado de alianza, que existía siempre, y sin embargo, debía quedar en suspenso, sobre el modo de conciliar el papel de mediador y el de aliado, sobre la forma de la mediación, sobre la pretensión del mediador de ser el único órgano de las potencias beligerantes. Fiel Napoleón á su sistema de ganar tiempo, así había ganado dos días, pero Mr. de Metternich no había ido únicamente para abocarse con un ministro sin influencia y además tenía que entregar á Napoleón una carta del emperador Francisco: fuerza era por tanto que le viese, y sin más dilaciones. Por su parte Napoleón, lleno de una ira que la presencia de Mr. de Metternich hacía hervir en sus venas, se hallaba ahora del todo dispuesto á recibirle. No era ya su designio penetrar el secreto de su interlocutor, ni arrancarle una prolongación del armisticio; realmente su necesidad más apremiante consistía en decirle su idea y en dar á su pasión desahogo. Recibió á Mr. de Metternich el 28 de junio por la tarde. Al cruzar las antecámaras del palacio Marcolini, hallólas Mr. de Metternich atestadas de ministros extranjeros, de oficiales de todas graduaciones, y especialmente encontró al príncipe Berthier, que deseaba la paz sin osar decirselo á Napoleón, y no sabía manifestar sus deseos sino entre aquellos á quienes conviniera ocultarlos. A la vista de Mr. de Metternich se pintó cierta especie de ansiedad en todos los semblantes. Conduciéndole el príncipe Berthier hasta el cuarto del emperador le dijo: «¿Y bien, nos traéis la paz? Sed, pues, razonable, sacadnos de esta guerra, porque necesitamos que cese lo mismo que vosotros.» Por este tono se convenció Mr. de Metternich de la exactitud de los informes de sus espías de que por todas partes se deseaba la paz en Francia, hasta entre las

tropas y con ardimiento, lo cual por desgracia no era el modo de disponer á nuestros enemigos á celebrarla. Más valiera, efectivamente, acreditar más amor á la paz delante de Napoleón, y menos delante de Mr. de Metternich; pero tales son las cortes donde no se osa desplegar los labios; se dice á todo el mundo con frecuencia lo que convendría no decir más que al soberano. Introducido Mr. de Metternich en el gabinete de Napoleón, le halló de pie, con la espada al lado, debajo del brazo el sombrero, conteniéndose como quien no se va á contener mucho, urbano, si bien frío. «Ya estáis aquí, pues, Mr. de Metternich, le dijo, y venís tarde en demasía...» Y seguidamente, según el lenguaje convenido del gabinete francés, esforzóse en la primera exposición de la situación de las cosas, por culpar al Austria del tiempo perdido desde el armisticio, habiendo transcurrido veinticuatro días sin ningún resultado, puesto que se había firmado el 4 de junio, y ya era el 28. Después habló por menor de sus relaciones con Austria, se quejó de ella amargamente, y extendióse muy á la larga sobre la poca seguridad de las relaciones con esta potencia. «Tres veces, dijo, he restituido al emperador Francisco su trono; hasta he cometido la falta de casarme con su hija, esperando captarme su amistad, y nada ha bastado á traerle á mejores sentimientos. Contando el año último con su ayuda, celebré un tratado de alianza por el cual le garantizaba sus Estados y me garantizaba los míos. Si me significara que no le convenía este tratado, no hubiera yo insistido ni me empeñara en la guerra de Rusia. Pero lo firmé al cabo, y después de una sola campaña, desgraciada por causa de los elementos, ya vacila y ya no quiere lo que al parecer quería con tanta vehemencia; se interpone entre mis enemigos y mi persona para negociar la paz, á lo que dice, si bien realmente para atajarme en mis victorias, y arrancar de mis manos á los adversarios á quienes iba á destruir...—Si no estimabais mi alianza, añadió Napoleón animándose á medida que hablaba: si os era ominosa, si os arrastraba como el resto de Europa á una guerra que os repugnaba, ¿por qué no me lo dijisteis? No hubiera yo persistido para coartaros; vuestra neutralidad me bastara, y la coalición se hallaría disuelta á estas horas. Pero bajo pretexto de proporcionar la paz interponiendo vuestra mediación, os habéis armado, y después de concluidos ó casi concluidos vuestros armamentos, pretendéis dictarme condiciones que son las mismas de mis enemigos; en suma, os plantáis como gente dispuesta á declararme la guerra. Explicaos: ¿queréis la guerra conmigo?.. ¡Siempre han de ser los hombres incorregibles!. ¡Jamás les han de servir las lecciones!. Envalentonados de resultados de los sucesos del último invierno los rusos y los prusianos, á pesar de sus experiencias crueles, han osado venir á mi encuentro, y los he batido y muy batido, aunque os hayan dicho lo contrario. ¿Acaso queréis que también os llegue vuestro turno? Pues bien: os llegará, si tal es vuestro deseo... Os cito para Viena en octubre.»

Esta manera de entrar en tratos, este modo despreciativo de calificar un matrimonio, del que, á decir verdad, no parecía pesaroso como hombre privado, ofendió é irritó á Mr. de Metternich, sin imponerle mucho, pues más impresión le causara una fría entereza. «Señor, respondió, no queremos declararos la guerra;

pero deseamos poner término á un estado de cosas ya intolerable para Europa, á un estado de cosas que nos amenaza á todos con un trastorno universal á cada instante. V. M. se halla interesado en ello como nosotros, porque un día os podría volver el rostro la fortuna, y en la tremenda movilidad de las cosas no sería imposible que os encontraseis en trances fatales.—Pero qué es lo que pretendéis, repuso Napoleón; qué es lo que venís á pedirme?—Una paz, respondió Mr. de Metternich, una paz necesaria, indispensable, una paz de que necesitáis ni más ni menos que nosotros, una paz que asegure vuestra situación y la nuestra.» Y entonces, con infinitos miramientos, insinuando más bien que enunciando una condición tras otra, probó Mr. de Metternich á enumerar las ya conocidas y presentadas. Saltando Napoleón á semejanza de un león, apenas dejaba acabar al ministro austriaco, y á cada enunciación le interrumpía, como si oyese un ultraje ó una blasfemia. «¡Oh, dijo os adivino!. Hoy no me pedís más que la Iliria para proporcionar puertos al Austria, algunas porciones de la Westfalia y del gran ducado de Varsovia para reconstruir la Prusia, las ciudades de Hamburgo, de Lubeck y de Brema para restablecer el comercio de Alemania, y la abolición del protectorado del Rhin para restaurar su pretendida independencia, la abolición de un vano título, según vuestro dicho... Pero estoy en vuestro secreto, sé lo que deseáis á vuestras de todo... Vosotros los austriacos queréis toda la Italia; vuestros amigos los rusos quieren la Polonia, los prusianos la Sajonia, los ingleses la Bélgica y la Holanda, y si hoy cedo, mañana me pediréis todas estas cosas, blanco de vuestros deseos ardientes. Pero para esto aprestaos á levantar millones de hombres, á derramar la sangre de muchas generaciones, y á venir á tratar al pie de las alturas de Montmartre.» Punto menos que fuera de sí estaba Napoleón al pronunciar tales palabras, y aun se supone que se permitió respecto de Mr. de Metternich frases ultrajantes, lo cual éste ha negado siempre.

Entonces Mr. de Metternich trató de patentizar á Napoleón que no se trataba de ninguna de estas cosas; que acaso una guerra imprudentemente prolongada podría engendrar de nuevo pretensiones semejantes; que sin duda había locos en Europa, á quienes habían exaltado la cabeza los sucesos de 1812; que de éstos se hallaban no pocos en San Petersburgo, en Berlín ó en Londres, pero que ninguno había en Viena; que se solicitaba lo que se quería, y no otra cosa; que por lo demás, el medio verdadero de desbaratar las pretensiones de estos locos era aceptar la paz, una paz honrosa, pues la que se ofrecía era, no sólo honrosa, sino hasta gloriosa. Algo más suavizado por estas palabras, dijo Napoleón á Mr. de Metternich que si no se trataba más que del abandono de ciertos territorios, podría ceder sin duda; pero que se coligaban para dictarle la ley, para constreñirle á que cediera, para quitarle su prestigio, y con una singular sencillez de orgullo dió á entender que lo que más sensiblemente le llegaba al alma no eran tanto los sacrificios exigidos de su persona como la humillación de recibir la ley después de haberla dado de continuo. Luego con una arrogancia de soldado, que le sentaba perfectamente, dijo á Mr. de Metternich: «Vuestros soberanos, nacidos sobre el trono, no pueden

comprender los sentimientos que me animan. A sus capitales tornan batidos, y esto ni les quita ni les pone. Yo soy soldado, necesito honor, gloria; no puedo presentarme rebajado en medio de mi pueblo; tengo que permanecer grande, glorioso, admirado!..—¿Cuándo acabará, pues, semejante estado de cosas, repuso monsieur de Metternich, si tanto los triunfos como los reveses dan igual margen para proseguir estas guerras desoladoras? Victorioso, queréis sacar todas las consecuencias de vuestras victorias: vencido, queréis reponeos. Señor, así siempre estaremos con las armas en la mano, dependiendo eternamente, así vosotros como nosotros, de los azares de las batallas!—Pero yo, replicó Napoleón, no me pertenezco; á quien pertenezco es á esa nación brava, que á mi voz viene á derramar su sangre más generosa. A tanta adhesión no me cumple corresponder con cálculos personales, con debilidad; debo conservar la entera la grandeza que ha comprado á costa de tan heroicos esfuerzos.—Pero, señor, dijo Mr. de Metternich á su vez, esa nación brava, cuyo valor admira todo el mundo, también necesita de reposo. Acabo de cruzar por medio de vuestros regimientos: vuestros soldados son niños. Habéis hecho alistamientos anticipados, llamando á una generación apenas formada; y una vez destruida esta generación por la guerra presente, ¿anticiparéis de nuevo? ¿Llamaréis á una más joven todavía? Estas palabras, que envolvían el cargo reproducido por los enemigos de Napoleón á menudo, le tocaron en lo más vivo. Palideció de cólera, se descompuso su rostro, y no siendo ya dueño de sí mismo, tiró ó dejó caer su sombrero, que no alzó monsieur de Metternich, y yéndose á éste en derechura, le dijo: «No sois militar, caballero; no tenéis como yo el alma de un soldado; no habéis vivido en los campamentos; no habéis aprendido á despreciar la vida ajena y la propia cuando hace falta... ¡Qué son á mis ojos doscientos mil hombres!» Estas palabras, cuya familiaridad soldadesca reproducimos, conmovieron á Mr. de Metternich de una manera profunda. «Abramos, exclamó el ministro austriaco, abramos, señor, las puertas y las ventanas, para que os oiga la Europa entera, y nada perderá la causa que vengo á defender á vuestro lado.» Algo más repuesto dijo Napoleón á Mr. de Metternich con irónica sonrisa: «Después de todo, los franceses, cuya sangre estáis defendiendo, no tienen por qué estar de mí quejosos. Verdad es que he perdido doscientos mil hombres en Rusia, entre ellos cien mil soldados franceses de los mejores: de éstos lo siento mucho... sí, lo siento vivamente... En cuanto á los demás, eran polacos, italianos y principalmente alemanes...» A estas palabras añadió Napoleón un gesto harto significativo de que esta última pérdida le convenía poco. «Sea, repuso Mr. de Metternich, pero convendréis, señor, en que esta razón no es para dada á un alemán.» «Habláis en favor de los franceses, interrumpió Napoleón, y os he respondido en su nombre.» Con este motivo empleó más de una hora contando á Mr. de Metternich que en Rusia fué sorprendido y vencido por el mal tiempo; que todo lo podía prever y superar menos la naturaleza; que sabía batirse con los hombres, pero no con los elementos. No habiendo visto á Mr. de Metternich después del año de 1812, se ingenió en rehacer á sus ojos el prestigio de su invencibilidad, sobradamente